

El desarrollo del hombre y de la sociedad - Acerca de la importancia del sentido común
24 de marzo de 2000
Brainfair - Semana Internacional del Cerebro

ETH, Zurich, Suiza

El título de mi disertación refleja una ambición que va más allá del contenido. Descuento que ustedes no esperarán de mí un discurso científico o filosófico, ya que los organizadores no me han invitado como científico ni como filósofo. Me considero un lego en todos los campos en los que me desempeño y sobre los cuales opino, y como tal aspiro a ser considerado en esta BrainFair.

Hace más de 30 años me rebelé ante la insistencia de mi padre para que siguiese la carrera de ingeniería en esta casa de estudios dedicada a las ciencias, tal como él mismo lo hiciera 40 años atrás. Mis actividades juveniles delataban una inclinación hacia la técnica que, sin embargo, no quise profundizar siguiendo una carrera universitaria de cuatro años. Preferí, en cambio, estudiar derecho en la facultad vecina, aún siendo consciente de que nunca me ganaría la vida como abogado. Finalmente, yendo muy en contra de mis convicciones juveniles y para beneplácito de mi padre, me convertí en un hombre dedicado a la economía. No obstante, tampoco en ese campo actué como un ejecutivo profesional orientado hacia los números, ya que fundamentalmente me sentía atraído por cuestiones vinculadas con el ámbito de la psicología, la política y las ciencias sociales.

En términos de mi ambición personal, podría definirme a mí mismo como un “generalizador”, si bien existe en relación con dicha ambición una pretensión que no puedo satisfacer completamente. Por eso es que prefiero considerarme simplemente un hombre contemporáneo y atento, un ciudadano del mundo que tiene el privilegio y el placer de observar los acontecimientos que se suceden a su alrededor con vivo interés y reflexionar acerca de ellos.

Por lo general, mis reflexiones respecto de los sucesos contemporáneos comienzan a interesarme seriamente cuando entran en conflicto con el pensamiento *común y corriente*, con los temas y las tendencias de moda. Entonces procuro seguir pensando, en lo posible hasta el final, y llego a menudo a conclusiones sorprendentes e inesperadas. Les ruego me disculpen si durante ese proceso, que en esta ocasión voy a compartir con ustedes, tiendo a ser irónico o cínico. No me tomen demasiado en serio porque yo tampoco deseo tomarme demasiado en serio, aunque probablemente así lo exigiría el objeto de mi reflexión. Después de todo yo, como todos ustedes, y con nosotros alrededor de seis mil millones de individuos más, sólo somos actores en el gran teatro del mundo que tan magníficamente describiera Calderón de la Barca.

Confieso francamente que tanto la ironía como el cinismo me resultan instrumentos útiles para la higiene psicológica, sobre todo si parto del supuesto de que los seres humanos, tal como afirmó Arthur Koestler, representamos una falla de la evolución. Basándose en los trabajos de McLeans, en su libro ***Janus, a summing up***, Koestler llega a la conclusión de que el hombre debe ser considerado un modelo discontinuado de la evolución, ya que no logró relacionar ni coordinar de manera satisfactoria el *neocortex*, -“el casco pensante” del ser humano- con las estructuras arcaicas del cerebro: el sistema límbico, heredado de los reptiles y los mamíferos inferiores. Como consecuencia de esta falla, a veces somos incapaces de tender puentes entre la razón pensante, por un lado, y los instintos profundos y las emociones como el miedo, la agresión o el comportamiento sexual, por el otro.

Como lego no sé hasta que punto esta hipótesis conserva su validez o ha sido refutada o revisada por las investigaciones realizadas en el campo de la disciplina científica tan bien representada en este

prominente auditorio. Personalmente, me gusta utilizar la teoría de Koestler porque me ayuda a explicarme observaciones referidas a mi entorno social y humano que, de otro modo, permanecerían para mí en el ámbito de lo incomprensible.

Mis reflexiones de hoy se ocupan principalmente de la *dualidad*, de la dicotomía que existe en el comportamiento humano, condicionado en parte por la razón, y en parte por el instinto y las emociones. Las consecuencias de este comportamiento dual suelen ser, en ocasiones creativas, a menudo graciosas, y no pocas veces, destructivas. Sin embargo, resultan especialmente llamativas cuando las observamos a la luz de las dos grandes tendencias que caracterizan nuestra era histórica: la *aceleración* de todos los procesos de desarrollo y el *creciente envejecimiento* de los individuos y las sociedades con altos estándares de vida.

La dualidad en el comportamiento humano

En la vida cotidiana, tanto el hombre como la mujer adoptan naturalmente conductas que ponen de manifiesto la dualidad inherente al ser humano. Voy a tomar dos ejemplos al azar para demostrar la abundancia de estas situaciones en nuestras vidas. Pensemos, en primer lugar, en la contradicción que existe entre la política de garantizar cada día mayor seguridad a través permanentes desarrollos tecnológicos, y la creciente búsqueda de riesgo que ponen en evidencia fenómenos tales como la práctica de deportes extremos y el consumo excesivo de cualquier sustancia. Pensemos ahora en el caso de aquellas sociedades integradas por personas pertenecientes a diversas etnias, que durante siglos conviven ordenada y pacíficamente, hasta que de pronto un día comienzan a asesinarse unos a otros de manera cruel y despiadada, tal como hemos podido observar en Ruanda y en la ex-Yugoslavia, por sólo mencionar dos dramáticos ejemplos.

A mi entender, casos como éstos no pueden encuadrarse sencillamente en el campo de la psicopatología, sino que representan más bien a los distintos estratos que coexisten en nuestro interior y que determinan nuestra conducta. Con la dualidad, entendida como resultado de la evolución, debemos vivir y aprender a vivir, aún cuando sus consecuencias nos parezcan a veces absurdas y tremendas, y por lo tanto indignas del hombre ilustrado.

Una llamativa dualidad, cuyas consecuencias podrían ser trágicas y de amplio alcance, se observa también al enfocar una misma cuestión desde una perspectiva *parcial* o *sectorial* y desde una perspectiva *totalizadora* o *englobadora*. El hombre del Medioevo que, impregnado por lo mágico y lo místico se sentía parte de un Todo Universal, necesitó del Renacimiento y de la Ilustración para convertirse en el hombre racional en el sentido cartesiano, quien ya no percibe el mundo como un Todo Universal sino más bien como la suma de numerosos conocimientos y desarrollos parciales y verticales. Sobre la base del método cartesiano, la investigación científica y el conocimiento han hecho progresos extraordinarios. Y lo cierto es que nos va muy bien, si consideramos cuáles eran los criterios de nuestros antepasados medievales respecto de la calidad de vida.

Sin embargo, parecemos no estar en condiciones de disfrutar de nuestra afortunada situación. Ni el individuo ni la sociedad funcionan exclusivamente en sentido vertical y racional, sino que lo hacen también en forma horizontal, entrelazando sus efectos mediante una descoordinada y frecuentemente caótica combinación de razón, instinto y emociones. La sociedad de la Ilustración, aquella donde los actos son determinados exclusivamente por la razón, ha permanecido en el mundo real tal como fue concebida en aquel entonces: como una ficción, un postulado.

Si, a una velocidad cada vez mayor y siempre en vertiginoso ascenso, se propagara la tendencia actual a subdividir el interés de la ciencia en ramificaciones cada vez más pequeñas de complejidades de problemas, llegaríamos gradualmente a un punto en el cual el especialista conocería cada vez más sobre cada vez menos, hasta que al final no conocería prácticamente nada sobre casi todo. Esta tendencia, como cualquier forma de extremismo, cobra víctimas en el medio, precisamente en ese lugar donde deberíamos fijar una “medida” a la cual atenernos. Una de esas “silenciosas víctimas del medio” es el *sentido común*, esa parte de nuestra comprensión del mundo que los franceses califican como “buena” en la expresión “*bon sens*” y los ingleses como “generalmente válida” en el “*common sense*”, aunque sepan que en realidad se trata de “el menos común de todos los sentidos” (“*the least common of all senses*”).

A mí entender, el sentido común es uno de los posibles puentes entre ambos polos de la dualidad. No se trata de un término científico, y tal vez por eso me siento tan a gusto con él, sino que proviene del mundo de la comprensión intuitiva. Me agrada definirlo como “la búsqueda del equilibrio entre la razón, la emoción y el instinto”. Un equilibrio en el cual ninguno de los factores puede alcanzar una influencia dominante, ya que cada uno de ellos funciona, por lo general, de manera independiente del otro, y las influencias recíprocas que ejercen entre sí suelen ser limitadas.

Cuando se quiebra ese equilibrio, y cualquiera de los factores mencionados evoluciona por sí mismo sin interactuar con los demás, entonces nace lo que podríamos describir como un “absurdo racional”. Este absurdo surge de analizar los subsistemas sociales desde un punto de vista vertical, lógico y consecuente, profundizando hasta en sus más mínimos detalles y considerándolos independientes entre sí, sin considerar que sus partes integrantes han sido organizadas desde un punto de vista sectorial. Los resultados obtenidos de dicho análisis tienen valor entonces sólo dentro de las fronteras de la propia disciplina, y no pueden ser conectados en sentido “horizontal” con otros enfoques.

Veamos dos ejemplos, también contemporáneos, sobre este tema. Ministros competentes de los gobiernos de la Unión Europea se reunieron el verano pasado para debatir acerca de las subvenciones que deberían pagarse a los pescadores profesionales a cambio de que, un día a la semana, suspendieran su actividad y dejaran los barcos amarrados en los puertos para preservar de ese modo las reservas pesqueras en peligro de extinción. Sin embargo, al mismo tiempo otros ministerios pertenecientes a los mismos gobiernos, desembolsan sumas siderales en concepto de subvenciones para la construcción de nuevos barcos pesqueros, de mayor envergadura y mucho más eficientes gracias a las modernas tecnologías. Por otra parte, aquellos buques de pesca considerados obsoletos o muy poco económicos para prestar servicio en la Unión Europea, son incluidos en el plan “Ayuda para el Desarrollo” y enviados junto con grandes subvenciones a los países del Tercer Mundo, desde dónde continuarán contribuyendo a la destrucción de las reservas pesqueras. Si los gobiernos tuviesen un “Ministerio del Sentido Común”, esta clase de subvenciones figurarían en su larga lista de asuntos pendientes.

Un segundo ejemplo lo ofrece la *Guerra contra la Droga*, una guerra que está siendo llevada a cabo internacionalmente y que implica una utilización cada vez mayor de recursos con efectos de devastación cada día más considerable. Esta guerra se sustenta en la premisa de que el consumo de drogas debe ser considerado, lisa y llanamente, una cuestión criminal que ha de ser combatida por medio de las fuerzas policiales y militares. Los resultados son conocidos: el mercado de las drogas - ¡comparable en cifras con el mercado mundial del petróleo!- presenta todas las características de un gigantesco oligopolio, forjado precisamente a través de esa guerra, con márgenes de ganancia superiores a cualquier otro mercado. Alentados por los altísimos márgenes de este oligopolio, millones de traficantes tratan por todos los medios de ganar nuevos clientes, para continuar incrementando su potencial de mercado y sus ganancias. Una parte de esas ganancias se destina a corromper funcionarios y ciudadanos de todo el mundo y en todos los niveles. Países enteros de América Latina

han sido destruidos por las repercusiones secundarias de la Guerra contra la Droga. Hoy son muchos más quienes sufren como consecuencia de las leyes del mercado de la droga y de la guerra declarada contra ella, que por el consumo de estupefacientes.

¿Y cuál es el resultado de esta guerra? El consumo de drogas no se detiene y las cárceles se encuentran atiborradas, convertidas en auténticos semilleros de narcotraficantes. A esto deben agregarse los tremendos costos de la guerra y los gastos en aparatos de vigilancia creados para combatir el lavado de dinero y la reinversión de las ganancias por parte de los oligopolios. Cuanto más evidentes se tornan el fracaso y los efectos secundarios negativos de esta política bélica, más medios parecieran poner los gobiernos a disposición de ella.

Comprendo que las alternativas no están a la vista y que seguramente no son en absoluto fáciles de hallar, pero el sentido común debería al menos promover una discusión abierta sobre esta guerra tan inútil como despiadada, y sobre alternativas que prometan ser más exitosas. En cuanto a política de drogas, nosotros, los suizos, nos encontramos unos cuantos pasos más adelante, ya que hemos logrado establecer una relación entre dos fenómenos, uno de orden sociopatológico y otro de índole económica, que en otros lugares son considerados y abordados por separado.

El fenómeno de la aceleración

Mis observaciones respecto de la realidad contemporánea parecerían indicar que la dualidad inherente al comportamiento humano se acentúa con la aceleración de los procesos evolutivos. Entre las dos formas de comprensión y comportamiento, determinadas en un caso de modo racional y en el otro de manera emocional-intuitiva, se abren brechas cada vez más anchas y profundas, que crecen y se multiplican cada día a mayor velocidad. En las últimas generaciones, las capacidades humanas fundadas en las emociones y en los instintos no sólo no se han desarrollado sustancialmente sino que, aparentemente y al menos en algunos aspectos, han involucionado. Al mismo tiempo, las capacidades basadas en el conocimiento racional se han expandido en progresión geométrica: en los últimos 50 años se han producido más descubrimientos científicos que en los dos mil años anteriores, y esos descubrimientos nos permitieron acceder a muchos progresos –relacionados, por ejemplo, con la salud y la calidad de vida– que apenas unos años antes habrían resultado impensables.

Sin embargo, cuanto más profundamente avanza esta forma de conocimiento en los diversos campos y las distintas disciplinas, tanto más claramente se percibe la falta de una visión globalizadora, capaz de inducir a partir de los sucesos particulares, elementos que contribuyan a la optimización del progreso en sentido global. Tomemos un ejemplo contemporáneo: como consecuencia de los descubrimientos científicos sabemos hoy, con un margen de certeza aceptable y plausible, que estamos a punto de realizar un experimento con nuestra atmósfera terrestre y con nuestro clima que probablemente no pueda repetirse. Esto se debe a que, en el transcurso de unas pocas generaciones, consumimos las reservas de combustibles fósiles que se formaron a través de millones de años y almacenamos de manera descontrolada el dióxido de carbono (CO₂) que se libera hacia la atmósfera.

Por su parte, la economía –otra disciplina que también es considerada una ciencia– nos enseña que, cuando los precios son bajos, la demanda aumenta y la eficiencia del consumo deja de ser óptima. El potencial de mejoramiento de la eficiencia –en sí mismo, posible y conocido– se aplica sólo parcialmente en la realidad, ya que faltan las correspondientes señales de precios. Sería necesaria en este caso una visión globalizadora, capaz de relacionar ambos enfoques para tomar una decisión política al respecto, como por ejemplo gravar la energía y no la mano de obra. El resultado de no hacer este enlace es un desarrollo funesto y claramente perceptible, no todavía en su dinámica temporal pero sí ciertamente en su orientación, que se acelera como consecuencia del aumento de la población mundial y del estándar de vida.

El individuo actual, una seis mil millonésima parte de la humanidad, sobreexigido al punto de no estar en condiciones ni siquiera de identificar las interrelaciones que determinan su vida y su entorno, menos podría aún comprenderlas racionalmente. (Y cada hora que pasa se suman otros 10.000 individuos, el 90 por ciento de ellos en los países más pobres del mundo). La sociedad, considerada como un todo, tampoco está en condiciones de articular las condiciones circundantes de modo que nuestro comportamiento actual no dañe nuestras posibilidades futuras. La incapacidad de la sociedad de proyectar en función de los intereses generales a largo plazo conduce, de acuerdo con las leyes de Darwin, al dominio de intereses individuales y grupales.

Tras el fracaso de la economía centralizada de la ex Unión Soviética, muchos contemporáneos que tienen el privilegio de vivir en la parte rica de la Tierra consideran que la economía de mercado es capaz de solucionar los problemas del mundo gracias a su optimizada eficiencia general. También yo percibo en el mercado posibilidades extraordinarias, aunque no por eso ilimitadas. La “mano invisible” de Adam Smith no puede alcanzar con su eficacia bienhechora a ese considerable sector de la humanidad que vive al límite de la subsistencia por la escasez de recursos y que, por lo tanto, no participa de los sucesos del mercado. Ni llega tampoco allí donde los costos del consumo de recursos y de la destrucción del medio ambiente no se reflejan en los precios. Ni donde los valores futuros son desestimados en las decisiones presentes hasta el punto de perder su real significado.

El sentido común debería aconsejarnos ser medidos respecto del consumo de recursos con miras al crecimiento económico, teniendo en cuenta no sólo los indicadores macroeconómicos sino también la capacidad del ser humano de adaptarse a los cambios, así como la capacidad de regeneración de los ecosistemas naturales. Sin embargo, nunca me he topado con un capítulo dedicado al comportamiento “medido en pos de la conservación del equilibrio” en los programas económicos de globalización.

El creciente envejecimiento

Los hombres del presente debemos acostumbrarnos a cambios de alcance cada vez mayor que se suceden a un ritmo vertiginoso. Los jóvenes siempre logran adaptarse de manera sorprendente. Sin embargo, uno de los inconvenientes de los países ricos es que, a medida que crece la expectativa de vida, los países envejecen cada día más, disminuyendo su capacidad de reacción y de adaptabilidad. Cito algunas cifras al respecto, tomadas del libro *The Grey Dawn* de Peter Peterson, que merece ser leído:

- La expectativa de vida global aumentó en los últimos 50 años más que en los 5.000 años anteriores. A la cabeza se encuentra Japón, con 80 años promedio, y la tendencia va en aumento... En 1970 el 2 por ciento de la población japonesa sobrepasaba los 75 años; hoy en día el porcentaje de población por encima de esa edad es del 6 por ciento, y dentro de diez años dicho índice será de aproximadamente el 10 por ciento.
- En todos los países desarrollados el índice de nacimientos cayó por debajo de los 2,1 por mujer, siendo éste el coeficiente que aseguraría la conservación de la población actual. Italia y España, dos países que en mis años estudiantiles estaban “atiborrados de niños”, pierden anualmente el 1 por ciento de su población nativa debido a que su actual índice de nacimientos apenas supera el 1 por mujer.
- Este proceso va a traer, entre otras cosas, graves consecuencias económicas. Actualmente en los países de la Comunidad Europea, la relación de proporción entre los contribuyentes económicamente activos que pagan impuestos y los jubilados continúa siendo de 3 a 1; sin embargo, dentro de 30 años en algunos países europeos, la tendencia será de 1 a 1, siempre y cuando en el ínterin no se produzcan grandes cambios demográficos que modifiquen estos datos de fondo, como por ejemplo, una inmigración masiva.

El resultado general es claro: las personas de la tercera edad desempeñarán en las próximas décadas un rol cada vez más destacado en nuestra sociedad. Su influencia en las decisiones políticas será cada vez mayor y se orientará hacia direcciones más bien conservadoras. Esto permite anticipar tensiones en este mundo de cambios vertiginosos. Los dos grandes polos políticos ya no serán la izquierda y la derecha, tal como ocurría en las intensas discusiones de mi época de estudiante en el 68, sino que habrá, por un lado un polo progresista y renovador, y por el otro uno conservador, defensor de lo que demostró ser eficaz. Si la humanidad va a envejecer más rápidamente, es de esperar que en ese proceso también sea revalorizada la sabiduría de la vejez. Ella podría ayudarnos a mantener el equilibrio entre lo conservador y lo renovador, a fin de evitar cualquier clase de extremismo.

No sé cómo ha de interpretarse, en este contexto, la falta de relación entre el *neocortex* y el sistema límbico que mencioné al comienzo. Tal vez en el futuro se realicen investigaciones que tomen en cuenta aspectos éticos y humanos, mediante las cuales logre establecerse dicha vinculación, con miras a conectar mejor la razón y las emociones. Les habla nuevamente el lego, y no les reprocho la mueca socarrona en sus rostros, aunque los sueños relacionados con el futuro deberían estar permitidos también para los científicos que se preparan para trabajar en pos de un mundo mejor.

El mundo global

Los seres humanos estamos cada vez más juntos. Cada día somos más en un mismo espacio. Viajamos más y también más lejos. Nos comunicamos y comerciamos con el exterior con tasas de crecimiento exponenciales. Quienes ven este mundo como una suerte de camino al paraíso, lo llaman “aldea global”; otros, en cambio, consideran a la globalización más bien un camino hacia el infierno. Lamentablemente existen cada vez menos matices en lo que respecta al fenómeno de la globalización. Sin embargo, en el marco de este camino hacia ella, solamente vamos a encontrar soluciones óptimas para todos los seres humanos y para el planeta si trabajamos duramente en la tarea de repensar nuestra realidad cotidiana.

Un ejemplo actual de esta clase de trabajo lo ofrece la *Alliance for Global Sustainability* (“Alianza para una Sustentabilidad Global”), un consejo de investigación integrado por la ETH (Universidad Tecnológica de la Confederación Helvética), el MIT (Instituto Tecnológico de Massachussets) y la Universidad de Tokio, a cuya fundación contribuí hace cinco años con una importante donación. Los investigadores reunidos en esta alianza buscan modelos y caminos concretos que conduzcan hacia un Desarrollo Sostenible.

Ellos trabajan en estrecha colaboración, más allá de las fronteras de las distintas universidades y disciplinas. Los grupos de trabajo están integrados por representantes de tres continentes y tres culturas diferentes. Para su investigación eligen cuestiones que resulten relevantes en la vida cotidiana. Se trata, por ejemplo, de buscar las posibilidades técnicas y prácticas para que en China el consumo de un mineral tan utilizado como el carbón se realice mediante procesos más eficientes y menos dañinos para el medio ambiente.

Otro proyecto de investigación particularmente ambicioso, investiga cómo podría reducirse a la mitad el consumo de energía en el conurbano de Tokio aplicando simplemente una serie de medidas políticas, económicas y sociales, sin renunciar sustancialmente a la movilidad ni al confort. Los investigadores de la Alianza se comprometen a dar a conocer los resultados de sus trabajos a los responsables de la toma de decisiones en todo el mundo. Con ello cumplen los requisitos fundamentales que fueron planteados hace tres semanas aquí mismo, en la ETH, en ocasión de la

“Conferencia Internacional sobre Trabajo Interdisciplinario”, cuyo tema fue la solución de problemas en forma conjunta por parte de la ciencia, la tecnología y la sociedad.

Las iniciativas de este tipo no son ciertamente demasiado frecuentes, si bien resultan imprescindibles, especialmente en la llamada “aldea global”. Debemos aprender a establecer las relaciones faltantes en la división tradicional de la sociedad. Es preciso buscar sinergias entre campos que, hasta el momento, fueron optimizados de manera independiente. Físicos y juristas, ingenieros y economistas, médicos y sociólogos, tenemos todos un común denominador: somos representantes de una especie y convivimos en un espacio que se vuelve cada vez más reducido, con reservas que van acabándose como consecuencia de la sobreexplotación. Con la mirada puesta en este mundo globalizado, ese denominador común me parece razón y motivo suficiente para reflexionar sobre la articulación del futuro y trabajar juntos, más estrechamente unidos que en el pasado.

El sentido común

Fiel a mí mismo y a mis limitaciones, finalizo mis reflexiones con una defensa del sentido común. Si bien los elementos básicos de mi programa son ampliamente conocidos, en las discusiones cotidianas de los empresarios, científicos y políticos apenas si se los encuentra. Como ya mencionamos en el ejemplo de la Alianza para una Sustentabilidad Global, se trata de establecer mejores relaciones recíprocas entre los sectores, los subsectores y las disciplinas. El objetivo es hallar conexiones que los vinculen también de manera horizontal, intersectorial y transdisciplinaria, tal como ocurre con nuestra red de neuronas, donde tanto las conexiones verticales como las horizontales contribuyen a lograr un reclutamiento óptimo de una mayor cantidad de circuitos reguladores. No debemos permitir que las ramas nos aturdan y nos hagan perder la visión global del bosque. La visión global contribuye a evitar los absurdos racionales o, por lo menos, a suavizarlos, dado que en la medida en que lo hace conocido facilita su comprensión para todos, de modo que pueda procederse a efectuar las correcciones a través de un proceso democrático.

En el ritmo vertiginoso del desarrollo moderno pueden perderse los *checks and balances* (controles y compensaciones) que resultan necesarios para mantener un mínimo consenso social. Si investigáramos hasta el más mínimo detalle en todos los campos específicos, de manera despreocupada e inconexa, y si dejáramos los resultados de los conocimientos adquiridos a merced de la lucha de poder que existe en los mercados globales, algún día el precio del aprendizaje se volverá demasiado alto como consecuencia del *feedback* negativo generado por un índice de cambio en permanente aumento. Creo que nos estamos acercando a ese nivel, en la medida en que estamos financiando una parte de nuestro estándar de vida con cheques sin fondos librados a la orden de las generaciones de nuestros hijos y nietos.

La conexión horizontal y los procesos democráticos relacionados con ella podrían ocasionalmente aminorar un poco la velocidad de los nuevos descubrimientos y desarrollos en una sociedad que va envejeciendo progresivamente. Sin embargo, podríamos asumir ese costo si ganáramos tiempo para reflexionar sobre las consecuencias antes de que aparezcan, de modo que la humanidad tuviese la oportunidad de prepararse mejor para afrontarlas. Ni el hombre ni la sociedad tienen la capacidad de reacción que requieren la constante aplicación de los descubrimientos científicos y el progreso tecnológico. Necesitan más tiempo. Y de esa necesidad de tiempo nosotros, en el país helvético, entendemos bastante... ¡Hasta el día de hoy continuamos pensando si formamos o no parte de Europa, cuando en realidad estamos ubicados en su mismo centro!

Mi búsqueda personal

Desde que en la Conferencia de Río de 1992 me comprometí a trabajar por un Desarrollo Sostenible, ante los ojos de la opinión pública llevo una mantita de color verde. Ya estoy acostumbrándome a ese rótulo, a pesar de que el color verde no va del todo conmigo. Estoy seriamente preocupado, no sólo por la naturaleza a la cual destruimos sin siquiera pensar en eso, sino también por el potencial humano que no se aprovecha debido a la falta de posibilidades de desarrollo, y por el sufrimiento humano que resulta de esta situación. De los habitantes de las *favelas* en las megalópolis latinoamericanas aprendí que no sólo el nivel absoluto de pobreza resulta decisivo para la calidad de vida. También son importantes las perspectivas para el futuro. Feliz es aquel que tiene la esperanza de que en el día de mañana le va a ir mejor. Miserable es quien observa como van destruyéndose sus posibilidades de tener un futuro.

El mandamiento que nos exhorta a amar al prójimo como a uno mismo, al igual que la solidaridad, un fuerte impulso emocional, nos motiva a ayudar a aquellos a quienes no les va tan bien como a nosotros. Y la razón nos obliga a ofrecer a los menos privilegiados verdaderas oportunidades de desarrollar sus capacidades, y no simplemente ayudarlos con regalos provenientes de nuestra opulencia. En el mundo globalizado, esto equivale a adquirir la capacidad de participar del mercado con ofertas competitivas. Sólo cuando los miles de millones de personas que hoy viven en la pobreza no sean ya considerados como una parte más de los problemas del mundo sino como una parte decisiva para su solución, podrá iluminarse la perspectiva global de la humanidad. Para la pobreza masiva no existe ninguna salvación que venga de arriba: solamente puede ser superada mediante el esfuerzo personal y la igualdad de oportunidades.

Una combinación de instinto, sentimientos y razón me indujo a crear hace algunos años en países de América Latina una fundación llamada AVINA, a la cual he dedicado una parte importante de mi tiempo y considerables recursos financieros. Queremos asociarnos con seres humanos comprometidos con el Desarrollo Sostenible de su comunidad y que estén en condiciones de crear auténticas oportunidades para muchos. Queremos apoyar su trabajo, poniendo a su disposición medios e instrumentos que les permitan ser más eficientes y obtener mayores logros, trabajando al servicio de sus congéneres y de la naturaleza. Marchamos en conjunto hacia la búsqueda de soluciones dirigidas a un Desarrollo Sostenible bajo el lema: *El camino es la meta*.

Ocasionalmente algunos observadores comentan mi gestión expresando su reconocimiento hacia mi actitud moral y ética. Eso naturalmente me pone contento. Sin embargo, no sé si soy merecedor de dicho reconocimiento ya que en realidad hago algo que, a mi entender, es completamente normal: ser simplemente humano. Mi *leitmotiv* más importante es aquel que he señalado como una carencia de la sociedad actual: ¡el sentido común! No quiero que mi existencia se asemeje a la de un reptil, cuyo comportamiento está determinado por el sistema límbico, ni que transcurra como una mera expresión viviente de la razón cambiante. Ser arrastrado constantemente entre ambos polos de esa dualidad no me parece tampoco un estilo de vida deseable. Por eso busco puntos intermedios, sitios de enlace, que sirvan como pilares para tender puentes sobre los abismos.